

Y eso, a pesar de que la revolución no parece dada a consignas ni a «slogans». Si algo choca a quien llega a Lima es precisamente la casi total ausencia de cualquier tipo de iconografía política dirigida a las masas. Lo que quiere decir que o no interesan o que no se tiene ninguna fe en su credibilidad, bien sea desde arriba o desde abajo. Por otra parte, entre los logros del actual régimen no ha estado el de la movilización popular, si bien la creación de SINAMOS intenta responder a una necesidad que los militares no dan excesiva impresión de sentir con urgencia. «Campesino, el patrón no comerá más de tu pobreza». Así comen-

damental en un país con un porcentaje de analfabetismo aterrador, está ya en marcha, si bien no aparece clara su financiación.

Para la minoría monopolista peruana que vive en Miraflores y San Isidro, barrios residenciales de Lima con espectacular «standard» de vida, los militares son comunistas. Para la izquierda elitista se trata de un reformismo que esconde una nueva táctica del imperialismo: las reformas no son radicales y ocultan, en el fondo, el deseo de dominio de una nueva clase (la militar) que margina en la realidad al pueblo. Pero estos últimos hechos recientes, como el contrato a la Bayer, lo prueban.

Pero, dejando aparte el inútil juego de las definiciones, cierto tipo de revolución se está efectuando en Perú. Los logros de cuatro años de gobierno no son espectaculares, pero sí apreciables y, en algunos casos, verdaderamente significativos. Y el cambio se está produciendo sin apenas trauma social, con el apoyo de la Iglesia. Con escasa represión que hubiera sido nula sin lamentables episodios como el de Puno. Bien es verdad que la corrupción puede ser una grave tentación de cualquier grupo social que ejerce sin control el poder. Y no parece que los militares peruanos estén protegidos contra ella, sobre todo a través de sueldos altos y de privilegios que pueden llevarles a constituir una nueva clase, lo que de hecho ya son, a pesar de que los medios de propiedad y producción no estén en sus manos. Sin embargo, las reformas son irreversibles. Y el proceso de cambio del Perú es una realidad a la que es imposible sustraerse. Inclasificable, contradictoria, ambigua, sin definir, la vía peruana es hoy entre los países de América Latina una experiencia que ha de ser atendida con el máximo interés. Descalificarla sin más en nombre de purismos ideológicos puede ser una grave irresponsabilidad histórica.

En el moderno y confortable aeropuerto de Lima, un probo funcionario obliga a todos los turistas a justificar los dólares con que salen del país. La medida es tan habitual como molesta. Y sin embargo, en el actual panorama latinoamericano no deja de tener algo de reconfortante. Lo mismo que esa vuelta de la efígie de Tupac Amaru a un salón del Palacio de Gobierno. Puede o no gustar, pero es un símbolo de independencia. Y esa es precisamente la primera piedra, no necesariamente nacionalista en su sentido peyorativo, que los países de América Latina necesitan para edificar su futuro. ■

PEDRO ALTARES.

La Capilla siXtina

LA BODA DE ENCARNA

La del alba sería cuando han llamado a mi puerta, y en mi puerta se ha recortado una Encarna con sueño, pero alada y sonriente.

—Don Sixto, Me caso.
He vuelto a cerrar la puerta porque me ha parecido evidente que estaba soñando. Pero nuevamente el timbrazo. Abro y esta vez Encarna estaba menos alegre.

—Pero, ¿qué le pasa?
—Así que es verdad. Eres tú, Encarna, y te casas.

He dejado la puerta abierta a lo irremediable y Encarna ha desparramado su presencia por mi apartamento, hasta el punto que yo no podía ni sentarme en una silla porque hubiera sido algo así como rozar a la propia Encarna. Yo permanecía en pie, escuchando su afortunado resumen de una noche afortunada. El es músico. Es decir, toca la flauta y el tamboril. Iba para físico nuclear, pero lo dejó correr porque presencié un debate ante la televisión entre Oppenheimer y Teller, entre la paz y la guerra. El es canadiense. Rubio y alto como la cerveza. En el pecho lleva tatuado un colibrí y el lema *La ley es la selva*. Se casan.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?
—Mañana. Abajo, en mi piso.
¿Cómo? Pues hemos barajado varias soluciones y hemos aceptado la más poética e informal: la boda gitana. Cogeremos una olla de barro cocido y la tiraremos contra el suelo. Cada pedazo será un año de contrato matrimonial.

—Con lo que se ha adocenado lo de la alfarería, la olla se va a romper en doscientos pedazos y os van a enterrar en un ataúd doble.

—Pero qué mala intención tiene usted, don Sixto. Ya buscaremos una olla bien resistente para que se rompa en pocos pedazos. ¿Por qué no la busca usted que tiene tiempo libre?, y además quiero que sea el padrino.

Y a las nueve de la mañana he empezado mi peregrinación por las cacharrerías de Madrid. Creo que he dado el espectáculo. Porque yo pedía «familias de ollas», ollas de la misma hornada. Y cuando me señalaban una familia de ollas yo escogía una, la tiraba contra el suelo, comprobaba el número de pedazos, pagaba la rotura y me iba sin olla. Cerca del mediodía ya me seguía una veintena de curiosos, entre los que estaban los

diez propietarios de cacharrerías, a los que había sorprendido con mis originales compras. Por fin, uno de ellos me ha abordado.

—Pero, ¿qué busca usted?
—De verdad, de verdad, busco una olla que no se rompa.

El hombre se ha rascado una oreja.

—Venga conmigo. Puedo ofrecerle una olla que ofrece bastantes garantías. ¿Ha de ser de barro?

—De no poder ser de piedra...
—No hay ollas de piedra. De acero...

—No. No. Se notaría.
—Bueno. Buscaremos un barro durísimo.

Me ha llevado a la tienda de un cacharero de Legazpi y me he llevado una olla increíble, que debía pesar sus buenos cinco kilos y parecía hecha de pared maestra.

En el piso de Encarna ya me esperaban los canapés de sardina de lata y los invitados enlatados como sardinas. Mucha juventud. El novio era un canadiense al que Baroja habría descrito así: larguirucho, sin sustancia y nada relevante en su personalidad como no sea la melena despeinada. El novio ha auscultado la olla como un médico del seguro, y Encarna me ha pedido que la tirase yo mismo contra el suelo. Los novios a mi lado, un cerco libre a mi alrededor. Expectación. Yo cojo la olla. Cierro los ojos. Concentro toda la energía espiritual de un «no», tratando de impregnar de «no» la pobre carne de barro. Y tiro la olla.

Sigo con los ojos cerrados hasta que se acalla el jol! que ha ocupado la estancia. Los abro: la olla está en el suelo, intacta. Varias voces dicen que vuelva a tirarse. Pero Encarna dice que no. Que la cosa está hecha, y que si la olla no quiere no hay boda. En vano el matemático, físico, músico o como quieran trata de convencerla con una serie de martingalas y ecuaciones, cálculos de probabilidades, etcétera, etcétera. Yo ya estoy tranquilo, porque nada enfurece tanto a Encarna como los vendedores a domicilio. Y se van. Y sólo nos quedamos Encarna, yo, la olla, restos de canapés de sardinas, de vino tinto. A las cuatro de la madrugada yo estaba empapado de sardinas y tinto cuando subía hacia mi piso con la olla colgada de mi mano, como un ser querido al que nunca abandonaré.

SIXTO CAMARA

AMARU



dada a un nuevo emplazamiento.

zó el discurso de Velasco Alvarado que anunció la puesta en marcha de la demorada durante décadas reforma agraria. Los militares no habían cumplido entonces el primer aniversario de su llegada al poder. Anteriormente se había decretado la «peruanización» de la Banca privada (75 por 100 del capital en manos de peruanos), nacionalización del petróleo y declarado la gratuidad de la enseñanza. Después vendrían la Ley de Industrias y Comunidad Industrial (que establece la participación de los trabajadores en la gestión y en los beneficios de las empresas), la nacionalización del cambio, la prohibición de exportar divisas, la nacionalización de la comercialización de la industria pesquera (primera fuente de ingresos del país) y de la minería, y otra larga serie de medidas, puestas en marcha en un tiempo record. La Ley de Educación, fun-